

cultura y el arte subalterno como literatura: renovación consciente de la vieja bifrontalidad del texto. Georges Baudot y María Águeda Méndez enriquecen con su libro estos análisis de perspectivas tan prometedoras.

FEDERICO ÁLVAREZ

Universidad Nacional Autónoma de México

GEORGES BAUDOT, *México y los albores del discurso colonial*. Editorial Patria-Nueva Imagen, México, 1996; 390 pp.

Debemos a Georges Baudot libros fundamentales para el conocimiento del ser histórico de México. Sobresalen su *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, obra publicada originalmente en francés (1977) y traducida al español (1983), al italiano (1992) y al inglés (1995). Nos ofrece en ella un penetrante acercamiento a los grandes cronistas franciscanos, desde fray Andrés de Olmos hasta fray Bernardino de Sahagún. Apoyándose en documentación de primera mano, Georges nos muestra cómo ahondaron esos frailes en el conocimiento de las culturas mesoamericanas, en particular la náhuatl, teniendo en mente la implantación de una utopía político-religiosa. Puede decirse que, a partir de esta contribución de Georges Baudot, nuestra apreciación de esas primeras décadas clave en la vida de la Nueva España se ha enriquecido sustancialmente.

Complemento en cierto modo de ese trabajo fue el que destinó al estudio y presentación de *Las letras precolombinas* (1976), traducida al español (1979). Abrió en él su mira y abarcó no sólo la literatura náhuatl y las de los pueblos mayas sino también las de los incas y guaraníes de América del Sur. En lo que concierne a las literaturas indígenas de Mesoamérica, muestra cómo en buena parte se llevó a cabo su rescate por los mismos frailes que, con sus estudiantes nativos, habían estado empeñados en conocer las viejas culturas en función de su anhelo de implantar una utopía en la Nueva España. Bien reconoció la importancia de este trabajo el distinguido investigador que fue maestro suyo, Jacques Soustelle. En el prefacio que para él escribió reconoce que ese mundo poético fascinante y lleno de color de estas literaturas “se inscribe con toda naturalidad en el patrimonio intelectual de la humanidad y que nosotros, hombres de este siglo xx que está por terminar, hemos heredado y del cual nos debemos considerar sus guardianes”.

Otro paso en firme fue el estudio que dedicó Georges Baudot a *La vida cotidiana en la América Española de Felipe II, siglo xvi* (1981), traducido al español (1983) y al italiano (1996). En ese libro tenemos ya

como un preanuncio del que ahora vamos a comentar. Poco a poco se adentra allí en el conocimiento de cómo, a través de lo que llama “el viaje americano”, se consolidó la presencia de los españoles en el espacio del Nuevo Mundo. En primer lugar ofrece un bien logrado cuadro de lo que era la vida de los habitantes de la que sería la América española y sus instituciones; los indígenas, los negros, mestizos y mulatos, los españoles criollos y peninsulares. Las dificultades de comunicación, el conocimiento de las lenguas indígenas, en cuanto que pertenece al sustrato de la economía, es también objeto de su atención, así como la vida religiosa, el ámbito de la naciente Universidad y el mundo de las artes y las letras. En ese libro, en el que abarca lo que era en el siglo XVI la América española, concentra él su interés de manera especial en la Nueva España, es decir en México.

No es mi intención ofrecer aquí una bibliografía comentada de las copiosas aportaciones de este gran mexicanista francés al que quiero considerar como colega nuestro franco-mexicano. Por ello sólo aludiré ya a dos de sus otros trabajos principales. Uno es el que dispuso, en colaboración con Tzvetan Todorov, y en el que ofrece una recopilación de relatos indígenas acerca de la conquista de México. Inspirado, como él mismo lo reconoce, en la *Visión de los vencidos*, presentó por vez primera en francés el contenido completo del libro 12 del *Códice Florentino*, traduciéndolo del náhuatl, así como otros textos nativos y varios escritos originalmente en español. Esta obra ha contribuido ciertamente a ahondar en el punto de vista de los vencidos acerca de lo que fue un acontecer con resonancia en la historia universal. Juicio certero de Baudot acerca de los textos reunidos es que pueden compararse en calidad y fuerza con las epopeyas homéricas o la *Historia* de Herodoto. Este trabajo está hoy también al alcance en español, italiano y japonés.

Ha escrito además numerosos artículos en revistas especializadas de México, los Estados Unidos, España y, por supuesto, Francia. En muchos de esos artículos, como en su libro sobre *Utopía e historia en México*, tema central ha sido el de los quehaceres de los franciscanos en nuestro país. Reuniendo y reestructurando un conjunto bastante grande de esos artículos dispuso él su libro intitulado *La pugna franciscana por México* (1990). En ese libro, al igual que en los que he descrito brevemente y en el gran conjunto de sus artículos, campean su profesionalismo de historiador, su conocimiento y pesquisas en diversos archivos, principalmente de España y México, al igual que, y esto quiero subrayarlo, la fascinación y cariño que siente por todo lo referente a México. Acercarse a *La pugna franciscana por México* lleva a pensar en que también Georges Baudot ha estado pugnando a lo largo de su vida por darnos a conocer acontecimientos que han dejado huella tan honda que sólo en relación con ellos es posible comprender el desarrollo histórico de este país.

Y ahora nos pone en las manos y ante los ojos la más reciente de sus aportaciones: *México y los albores del discurso colonial* (1996). También aquí, como en *La pugna franciscana por México*, la sustancia de la obra proviene de muchos artículos suyos en los que ha dejado su huella, por así decirlo, en otros aspectos de nuestra temprana historia.

Al estructurar este libro, Boudot lo hace en función de un concepto clave que resulta en extremo fecundo. Ese concepto es el de *discurso colonial*. Piensa él, con razón, que la historiografía moderna ha superado plenamente la etapa en que el interés principal era describir acontecimientos y hablar de lo que hicieron o dijeron tales o cuales protagonistas en determinados momentos. Considera que en un contexto histórico como el desarrollado en México durante los siglos del período colonial, particularmente en los dos primeros, mucho de lo que aconteció fue consecuencia o a la postre se encauzó en función del discurso, el cruce de palabras, diríamos el verbo, expresión del pensamiento que construye para sí la imagen del otro: aquél que era antes totalmente desconocido y con el que inevitablemente se ha entrado en contacto. Los interlocutores se van forjando constructos mentales acerca de la identidad de aquéllos con quienes, primero en incompreensión radical y después en actitud de asombro, duda, sorpresa o rechazo, tienen que convivir.

De manera muy acertada y a la vez muy sugerente Georges Boudot nos va acercando en seis partes distintas, cual si fueran seis movimientos de una maravillosa sinfonía, a lo que fue ese discurso. Éste unas veces pareció monólogo de sordos y, otras, palabra del que se expresa como si su destino fuera mandar al que apenas responde por temor de ofender.

“Encuentro de dos mundos” es el título que enmarca la primera parte. En ella el análisis del discurso nos revela el esfuerzo por situar al otro dentro de categorías que permitieran construir por lo menos imágenes del mismo en sustitución de un original y cabal desconocimiento. Imposible es comentar aquí detalladamente los varios capítulos que integran esta primera parte. El discurso que construye la imagen del otro da lugar a la alteridad acompañada de la monstruosidad; América aparece como escenario maravilloso en el enfrentamiento de los modelos culturales; ello a partir de la primera mirada de Colón ante el aborigen de las islas hasta lo que fue para el europeo tratar de captar la realidad de esa ciudad que nadie esperaba, México-Tenochtitlan.

En la segunda parte, que intitula “Hombres y resistencias”, parecería que el concepto clave del libro se desvanece. Sin embargo, la lectura cuidadosa nos muestra que no es así. Ocuparse de los pretendientes indígenas, descendientes de Motecuhzoma, que podrían considerarse con derecho al imperio mexicano allá en el año de 1576, así como de los primeros exilios americanos, las desventuras de nobles mexicas en

la España del siglo xvi; o en un capítulo más, la percepción que tuvieron varios caciques de lo que era un señorío guatemalteco, es decir el suyo, así como finalmente las diversas captaciones que reúne y analiza acerca del drama demográfico en México en el siglo xvi, conllevan análisis y valoración del discurso. Los distintos acontecimientos que presenta son muestra de la gama de situaciones en que el discurso entre europeos y amerindios tuvo que esforzarse para volver explicable y conferir identidad a cuanto de otra forma resultaba inabarcable.

“Transculturación y discurso colonial” es el título de la tercera parte. Cuatro temas atraen la atención de Baudot. El primero es el de la frontera imaginada. Las múltiples fronteras en variados discursos, muchos de raíz medieval, dan ser a la fundación de la América virreinal, más allá de los antiguos límites del estado mexicano. La entrada de toda una serie de seres portentosos, diablos, demonios, realidades fruto de hechicerías y sortilegios en el proceso discursivo de la evangelización de México se presenta en el contexto de esa simbiosis cultural del pensamiento indígena y las creencias cristianas. En ese mismo ámbito mental reaparece esa otra imagen amerindia construida por los franciscanos y mantenida por algún tiempo en su proyecto utópico y su discurso milenario. Aquí, Baudot enriquece su aportación acerca de *Utopía e historia en México*. Finalmente, la figura del mestizo Fernando de Alva Ixtlilxóchitl es objeto de nuevo análisis y valoración para comprender el sentido de la literatura histórica en el proceso de transculturación de México durante el siglo xvii. Como bien lo nota Baudot, Alva Ixtlilxóchitl logró en buena parte justificar en términos del pensamiento cristiano de su sociedad y su época mucho del patrimonio cultural e histórico de los amerindios. Y a la vez pudo también abrir la posibilidad de que su lector aborigen o mestizo considerara que era posible reivindicar su herencia prehispánica, renovada ya con un nuevo sentido cristiano.

La cuarta y quinta partes del libro se centran sobre dos formas muy distintas de discurso en las que dos mujeres extraordinarias son las protagonistas: Malintzin y Sor Juana Inés de la Cruz. En relación con la primera, tras recordar cuáles son los testimonios que sobre ella se conservan, se concentra en la segunda mitad de su vida durante la cual estuvo consagrada a su marido Juan Jaramillo y a sus dos hijos. Había inaugurado ella un nuevo discurso, como expresa Georges, “el de la transculturación”. Sus dos hijos “nacidos ambos de padres españoles, inauguraban a su vez el Nuevo Mundo que su discurso y palabra habían parido”.

Enriqueciendo lo presentado en el anterior capítulo cita en el siguiente un interesante documento localizado por él en el archivo del Instituto Valencia de Don Juan. Versa éste sobre los pleitos que tuvo Juan Jaramillo con el primer titular de la encomienda de Xilotepec. Se califica allí a Jaramillo de “muy poderoso y criado del Mar-

qués, casado con una criada suya”. Confirma dicho testimonio que Malintzin vivía aún hacia 1538. Más tarde, la hija de ella y Jaramillo, de nombre María, reaparece pleiteando por recobrar la referida encomienda. De este modo por medio de su hija y de lo acontecido a su hijo varón, Martín, el tenido con Hernán Cortés, se renovó, como dice Baudot, el discurso de Malintzin. La inclusión completa del documento localizado en el Instituto Valencia de Don Juan, realza aún más esta aportación.

De “discurso marginado”, en el barroco mexicano, cuna del feminismo, califica nuestro autor la presencia y creatividad de Sor Juana Inés de la Cruz en su contexto histórico. Fijándose en la que llama trova popular, en contraste con su poesía conceptuosa y de altos vuelos, pone de relieve su célebre *tocotín* en náhuatl y otras composiciones con numerosos vocablos tomados como préstamo de dicha lengua.

Al lado de esto, que es evidencia de la versatilidad de Sor Juana, aduce Baudot varias expresiones de ella que ejemplifican un discurso atento a las marginalidades, en particular la de la mujer a la que parecía seguir estando vedado estudiar y escribir. Acierto grande es incluir este artículo, muestra de ese otro importante género de discurso en el Barroco mexicano.

En un capítulo complementario ahonda Baudot en “la trova náhuatl y Sor Juana”. Estudia allí en detalle el ya mencionado *tocotín*. A su parecer, en esa composición es perceptible algo de “esos murmullos vivos de una infancia en que las leyendas y canciones nahuas habían desempeñado un papel que a la vez completaba y contradecía las lecciones aprendidas en los libros de la biblioteca de su abuelo”. A este comentario sigue una pregunta: “¿Estará acaso el secreto de ese casi silencio en lengua náhuatl encerrado en esta misma circunstancia de sus años niños?”. La pregunta daría lugar a otra, ¿por qué Sor Juana renunció, después ya de 1677, a escribir en el idioma del México antiguo?

La sexta y última parte del libro se intitula “En las márgenes del discurso novohispano”. Dos capítulos la integran. El primero acerca de corsarios iconoclastas, franceses e ingleses que, entre 1572 y 1574, hicieron su aparición en las costas del golfo de México. La intención de este capítulo se guía también, con nueva luz, en términos del concepto de *discurso*. A través de los procesos de la Inquisición a que fueron sometidos los corsarios que pudieron capturarse, aparece ese otro discurso de quienes penetran en el Nuevo Mundo no sólo para hacerse de ricos botines sino, como nota el autor, para “vivir sin traba, fuera de las obligaciones propias de las sociedades europeas y organizándose, según códigos libremente imaginados, para sentar una marginalidad concebida como la única salida redentora”.

El último capítulo del libro trata de contactos de filibusteros y corsarios con los indios marginados en tierras de Yucatán. En ellos ve el

autor, paradójicamente, la convergencia de dos formas de marginalidad que en ocasiones unen fuerzas dando lugar a “una reacción general y espontánea frente al tremendo despliegue de fuerzas de unas estructuras estatales represivas”. En opinión de Georges, hubo allí una “rebelión amerindia con base en la exasperación... pero también con base en una conciencia de identidad étnica y cultura original que lucha contra la empresa seductora de la evangelización y que halla en los proyectos de contra-cultura y contra-sociedad de los filibusteros un aliado oportuno y útil”.

Como puede verse por los análisis sumarios que he hecho del contenido de este libro, está henchido de no pocas sorpresas y revelaciones. Bien prueba Georges Baudot su tesis en el sentido de que “las sociedades creadas por el hombre son hijas de un discurso peculiar, siempre propio e irreductible, de cada una de ellas”. Aplicando esto a nuestro país en su desarrollo durante la época virreinal, encontramos, a través de los casos, personas y situaciones aquí estudiadas, que “el discurso de tres siglos coloniales de México es el de una excelsa originalidad...; era matriz de los tiempos futuros, de los siglos posteriores que estaban al acecho”.

De muy grata y enriquecedora lectura es esta obra que, como las otras que he recordado de Georges Baudot, toca cuestiones clave para una comprensión a fondo del multifacético y cambiante ser histórico de México.

MIGUEL LEÓN-PORTILLA  
El Colegio Nacional

*Historia literaria de España en el siglo xviii*. Edición de F. Aguilar Piñal. Trotta, Madrid, 1996; 1158 pp.

El calificativo del título, explica Aguilar Piñal, corresponde al significado que tenían en el siglo xviii literatura, cultura, ciencia, abarcados en un sólo término. Descontando los efectos de la inercia que deja rastros del siglo anterior, éste, que se opuso tenaz, o tozudamente, a lo que se veía como excesos rústicos del Barroco, encontró en los románticos igual oposición con la misma tenacidad: “La enorme vitalidad literaria de nuestro Siglo de Oro —dice el editor— y el rechazo romántico al siglo xviii fueron factores determinantes para la marginación sufrida por los escritores del Setecientos durante el siglo xix. A finales de esta centuria, tras la valoración realizada por los historiadores... comienza, pese a juicios adversos de Menéndez Pelayo, una etapa de reivindicación”, que se hizo esperar.

Aunque aquí está toda la historia literaria —incluidos medicina, derecho, política, economía, arqueología, arte, viajes, música— buena